

AMBIENTE URBANO:

RETO Y RESPUESTA

Mario Calderón Rivera
Gerente General del
Banco Central Hipotecario



Enfrentarse al tema de la pobreza mundial y adentrarse en el tenebroso mundo del marginalismo urbano debería constituir algo más que un puro ejercicio retórico o que una estéril manipulación estadística.

UNA NUEVA CULTURA DE MASAS.

La urbanización ha sido, sin duda, el fenómeno dominante del siglo XX. Sin entrar a calificar sus causas determinantes y sin detenernos en la ya vana discusión sobre los grados de contención que hubieran podido oponerse a los procesos migratorios, tendríamos que aceptar que nos encontramos en el pleno alumbramiento de una nueva cultura de masas.

Parece fuera de discusión que nuestras ciudades tomaron su fuerza inicial primordialmente en transferencias de riqueza generada en el campo y que mientras el flujo migratorio mantuvo algún ingrediente de clase media rural, la incorporación de marginalismo rural al caudal de la urbanización pudo tener algunos elementos compensatorios. Sin embargo, durante las últimas dos décadas los componentes de la migración campo-ciudad en los países del Tercer Mundo tienden a ser cada vez más los restos de una clase desposeída que vuelca sobre la urbe sus desesperadas ansias de supervivencia.

UNA CIUDAD POLARIZADA.

Bien sabemos, por otra parte, que la injusta estructura física de los enclaves urbanos del mundo en desarrollo muestra un distanciamiento cada vez mayor entre las áreas de la ciudad planificada y las franjas crecientes del marginalismo urbano. Frente a un proceso irreversible de urbanización, resulta claro que la marginalidad de nuestras ciudades se alimenta cada vez más de la extrema pobreza que va quedando en nuestros campos. Querámoslo o no, el signo ya vigente de este final de centuria es el de una carga explosiva que se acumula en la ciudad espontánea de la suburbia o en los núcleos decadentes de nuestras concentraciones mayores e intermedias.

Es el universo de la urbe deshumanizada descrita por Melina Mercuri, —la carismática Ministra Griega de la Cultura—, donde "el espacio clausurado y segregado" nos recuerda que aunque "casi siempre las ciudades hablan por sí mismas, aún así no todos sus habitantes consiguen oírlas".

LA CARA OCULTA DEL MARGINALISMO.

El problema de la ciudad marginal es, por supuesto, inmensamente complejo. Allí se combinan elementos ancestrales que han entrado en una rara simbiosis con valores de la sociedad postindustrial, para producir muchos de los efectos desconcertantes que, en las grandes barriadas del mundo se mezclan unas veces con los efluvios pasmosos de la creatividad comunitaria y otras hacen explosión, las manifestaciones anárquicas que parecerían distinguir crecientemente muchos momentos de nuestro escenario urbano. Los rasgos de ficción que creeríamos encontrar en el patetismo de "La Ciudad de la Alegría", de Dominique Lapierre, se aproxima apenas a la realidad de esta cara oculta de las ciudades del Tercer Mundo. La gigantesca estructura de Calcuta, en las páginas de Lapierre, encierra por igual un inmenso piélago de tragedias, desolación y muerte, en el marco de expresiones grandiosas de heroísmo y abnegación, donde aparece casi siempre la silueta tenue y casi inaprensible de la Madre Teresa mezclada con la gran masa anónima de hombres y mujeres entregados sin reserva al servicio de una comunidad de donde se escapa a cada minuto la esperanza. Y como para acentuar la diaria explosión de fenómenos desconcertantes que distinguen nuestra intrincada hibridación cultural, debemos asistir a episodios de locura cuando, en un país donde, según Jorge Hardoy, sólo 208 entre 3.119 pueblos y ciudades cuentan con sistemas de agua potable y alcantarillados todavía incompletos, y sólo ocho disponen de esos dos servicios básicos en forma óptima, —el ensayo de la primera bomba atómica lo confunde—, en la sensación desbordada de haber logrado la cumbre máxima de las aspiraciones del hombre como criatura terrestre—, con el coro demencial de los que proclaman su superioridad destructora.

LA REALIDAD URBANA.

Debemos ubicarnos primeramente en una realidad urbana cuyas verdaderas dimensiones no han llegado posiblemente a ser percibidas por muchos de nosotros.

Pienso que, dentro de diferentes alternativas de referencia, la más apropiada podría estar en las distintas fuentes de investigación que alimentan los estudios del Banco Mundial y de Naciones Unidas, especialmente a nivel del Council for Economic International Urban Liaison y del Fondo de Naciones Unidas para Actividades de Población. Las cifras que mencionaré a continuación han sido tomadas de dichas fuentes y básicamente de la obra "Population and the Urban Future", escrita por los profesores Philip M. Hauser, Robert W. Gardner, Aprodicio A. Laquian y Salah El. Shakhs (1).

He aquí los hechos más destacados del horizonte urbano en el mundo presente:

(1) PHILIP M. HAUSER, ROBERT W. GARDNER, APRODICIO A. LAQUIAN, SALAH EL-SHAKHS. "Population and the Urban Future", State University of New York, Albany 1982.

1. En el año 1800 menos del 3% de los habitantes del mundo vivía en ciudades. Al terminar el siglo XX más de la mitad de la población mundial habitará en grandes formaciones urbanas.

Entre 1920 y 1980 la población del planeta creció en un 142.8%, pasando de 1.800 millones a 4.370 millones de personas. Sin embargo, en el mismo lapso la población urbana se quintuplicó al pasar de 360 a 1.800 millones, mientras la población rural sólo crecía en un 71%. Al mirar esa misma evolución demográfica en los países más desarrollados y en las naciones más pobres, encontramos que mientras en los primeros el crecimiento demográfico total fue de un 76%, en los segundos esa expansión llegó casi a un 170%.

En el mismo lapso mencionado (1920/1980), la población de Europa Occidental aumentó en un 50%, la de América del Norte en un 100%, la de Asia en un 125%, la de África en un 300% y la de América Latina en un 400%.

2. La población urbana en los países más desarrollados creció en más de un 300% entre 1920 y 1980, al llegar a 834 millones y apenas llegará a 1.110 millones en el año 2000. Mientras tanto la población rural decrecía en un 22% en el primer lapso mencionado. En cambio en los países menos desarrollados los habitantes urbanos pasaban de 100 a 972 millones, y posiblemente sobrepasarán los 2,100 millones al terminar esta centuria. Sin embargo, la población rural que se duplicó entre 1920 y 1980, pasando de 1.087 a 2.220 millones, sólo ascenderá un 29% en lo que resta del presente siglo y su tendencia constante se aproximará al crecimiento cero.

En una retrospectiva más corta vemos que entre 1950 y finales de los 80, el promedio anual de 4% de aumento que ha registrado la población urbana de los países en desarrollo ha estado por encima del doble del registrado en los países más avanzados de Occidente.

3. Al comparar las proyecciones para el año 2000 los contrastes se acentúan, tanto en lo que corresponde a lo que será la población de los países avanzados frente a los de áreas más pobres del mundo, como en la comparación de lo que será la evolución de campo y ciudad en las diferentes regiones de la tierra. La proyección demográfica mundial señala para el año 2000 una población de 6.300 millones de los cuales cerca de 5.000 millones habitarán los países en desarrollo.
4. Una visión sobre la distribución espacial de la población para finales del siglo en el mundo en desarrollo, nos permite anticipar sin gran dificultad que América Latina habrá llegado a una situación que, curiosamente, se aproximará a las cifras globales de los países más desarrollados. Un 75% de la población en nuestro hemisferio, —frente a un 80% de las naciones industrializadas—, vivirá en áreas urbanas. Mientras tanto esa proporción será apenas del 39% para Asia y del 45% para África.
5. El alto porcentaje de población urbana que registrará América Latina indicará, así mismo, que el proceso de urbanización no estará ya ali-

mentado tanto en los fenómenos de migración campo-ciudad como en el propio crecimiento de la población urbana. Mientras en el Sudeste Asiático, por ejemplo, sólo un 25% del crecimiento demográfico será absorbido por la población urbana, en América Latina ese nivel será del 91%. Una expresión dramática de todos estos elementos combinados está en el hecho de que entre 1960 y 1980 la población urbana del Brasil aumentó en 50 millones de personas.

6. Mientras en el mundo industrializado la población de ciudades con 100.000 o más habitantes se cuadruplicó entre 1920 y 1980, en los países menos desarrollados el crecimiento fue de 19 veces. Hacia el año 2000, el número de personas que habitará en tales ciudades habrá aumentado en un 30% en los países industrializados, y en 120% en los menos desarrollados.
7. Si antes del siglo XIX posiblemente no existieron ciudades con más de un millón de habitantes, entre 1920 y 1980 la población de dichas ciudades aumentó casi diez (10) veces y sobrepasó los 650 millones de habitantes en total. En los países menos desarrollados ese crecimiento fue de cincuenta veces, frente a cinco veces de los países industrializados.
8. Entre 1980 y el año 2000, el número de ciudades con más de un millón de habitantes pasará de 118 a 284 y su población total se triplicará. En los países industrializados ese crecimiento será sólo de un cuarenta por ciento (40%).
9. En 1950, once de las quince ciudades más grandes del mundo estaban localizadas en países industrializados y cuatro en los menos desarrollados. En el año 2000 esa relación será de doce en estos últimos y de tres en los primeros.

Ciudades como New York, Londres, Rin, Ruhr, Tokio, París, Chicago, Moscú, Los Angeles, Osaka, Milán, Filadelfia, ostentaron al promediar el siglo el dudoso honor de ser las megalópolis del mundo, con un total de 65.8 millones de habitantes. Al terminar esta centuria la casi totalidad de esas urbes populosas habrá sido ampliamente rebasada por el turbión demográfico del Tercer Mundo. Ciudad de México, Sao Paulo, Shanghai, Pekín, Río de Janeiro, Bombay, Calcuta, Yakarta, Seúl, El Cairo, Madrás y Manila en conjunto albergarán para entonces la estremecedora cifra de 223 millones de personas. Ciudad de México con 31 millones, Sao Paulo con 25.8 millones, Río de Janeiro con 19 millones, serán entonces la muestra dramática del problema urbano que enfrentarán quienes asuman la no envidiable tarea de administrar el destino social y político de nuestro hemisferio.

FRENTE A LA INCERTIDUMBRE ESTADÍSTICA.

Bien comprendo el nivel de incertidumbre que puede señalarse a muchas de las proyecciones demográficas a que he hecho referencia. El profesor Laquian, de la Universidad de Lasalle, expresa con alto grado de convicción que el debate estadístico no contribuiría en forma importante a cambiar las conclusiones de fondo sobre las diferentes alternativas para el tratamiento del problema urbano en lo que resta del presente siglo. Pero, recuerda, al mismo tiempo, que en más

de una ocasión las mismas previsiones estadísticas han contribuido a cambios de conducta no sólo en las tendencias sino aun en la propia distribución espacial de la población. Un ejemplo típico puede ser el llamado "Caso Madrás" que sirvió para elaborar un sofisticado modelo que anticipaba para esta ciudad, —a partir de su proceso demográfico vivido hasta 1960—, una población de 32 millones para el año 2000. Era, por otra parte, el momento exacto en que Madrás llegaría al límite crítico de disponibilidad de agua y empezaría un virtual proceso de desintegración explosiva en el marco de un crecimiento urbano de dimensiones casi inimaginables, que finalmente quedó muy lejos de lo proyectado. Sin embargo, el Modelo Madrás, pese a su falla evidente, queda como demostración de que mal haríamos en no percibir distintas hipótesis de la realidad social y no esperar que, al decir del profesor Laquian, una ciudad de México con 32 millones o un Sao Paulo con 25 millones en el año 2000 pudieran considerarse como algo inevitable.

EL CASO COLOMBIANO.

Debemos aceptar como claramente estimulante el hecho de que Colombia muestre un panorama mucho más despejado en cuanto a previsiones demográficas. Los mismos resultados del censo reciente señalan hacia una franca moderación en el crecimiento urbano y algunas de las proyecciones que venían dándose como seguras durante la última década, en cuanto a expansión mucho mayores en los grandes centros urbanos, deberán ser revaluadas. Tal el caso de Bogotá, donde los estudios del Banco Mundial venían operando sobre la base de que al culminar el siglo estaríamos casi bordeando y aún superando los 10 millones de habitantes.

Hay que reconocer que el país se ha colocado definitivamente en una posición en que su problema urbano es de proporciones manejables. Sin embargo, mal podríamos afirmar con algún grado de certeza que nuestro ámbito urbano no está afectado por los mismos desajustes que distinguen la generalidad de las ciudades del Tercer Mundo.

UNA REALIDAD INSOSLAYABLE.

Luis Hardoy ha descrito con gran fidelidad ese marco desordenado donde todo parecería surgir por generación espontánea.

No podríamos olvidar que aun considerando las hipótesis más favorables desde el punto de vista de las proyecciones del crecimiento demográfico, las ciudades del Tercer Mundo son ya una realidad inescapable, con carga explosiva suficiente para desestabilizar los sistemas políticos vigentes, pero también con virtualidad para generar impulsos ni siquiera presentidos hacia nuevas formas de convivencia humana y de más auténticas estructuras democráticas.

Habría que comenzar, entre otras cosas, por reevaluar muchos conceptos establecidos sobre los fenómenos de urbanización. No se trata ya de discurrir sobre lo que hubiera podido ser, sino de atender a lo que el universo urbano encierra, primordialmente en su contribución a la dinámica social, y desde luego, a las alternativas para rectificar muchos de los rumbos que podrían agravar algunas de sus condiciones negativas actuales.

LA CIUDAD ESPONTANEA.

La gran ciudad característica de nuestras ciudades está en la extensión de sus desarrollos no planificados. Los estudios del Banco Mundial señalan, casi sin excepción, que más de un cincuenta por ciento de las viviendas que se añaden anualmente a nuestras ciudades mayores y a algunos centros intermedios, corresponde a construcciones sin licencia, generalmente levantadas por el propio dueño. Como es natural, el fenómeno del crecimiento espontáneo se mueve en esferas diferentes, pero principalmente en la extrema del marginalismo periférico, donde el suelo disponible muy pocas veces cumple con los mínimos requisitos de habitabilidad y menos aún se presta para la provisión de servicios a costos razonables.

Este proceso evolutivo desordenado se cumple en un marco lleno de distorsiones de toda índole, que van desde la ineptitud institucional para dar algún sentido racional a la expansión urbana, hasta la incapacidad física de las estructuras existentes para absorber los nuevos territorios que va devorando la ciudad informal.

LOS SERVICIOS SAQUEADOS.

Una de las más dramáticas expresiones de este distanciamiento entre las dos ciudades está en el ahondamiento de la desproporción entre quienes contribuyen con su cuota para el sostenimiento de servicios y entre quienes, muchas veces contra su voluntad, deben cumplir el triste papel de sanguijuelas que aniquilan día a día la capacidad para extender las redes de servicio. Dentro de este círculo infernal la experiencia nos muestra que cuando más de media ciudad está por fuera del registro de suscripción de servicios que, de alguna manera, se toman clandestinamente, los costos reales de servicios nunca podrán ser asumidos en su totalidad por quienes se mueven en la economía formal. El resultado ha sido siempre el colapso de cualquier servicio eficiente.

UNA RECONCILIACION URGENTE.

El gran desafío que tienen por delante los responsables de la evolución urbana de aquí a finales de siglo, está en buscar la reconciliación entre las caras antagónicas de la ciudad.

Es obvio que ese objetivo sólo resultará posible, en la medida en que se revisen muchos esquemas convencionales de aproximación, que tradicionalmente esquivaron el análisis profundo de los fenómenos de marginalidad urbana.

Los procesos de urbanización en los países industrializados marcaron, desde luego, características muy distintas a la realidad presente del mundo en desarrollo, cercado, por otra parte, de los mensajes inescapables de una revolución postindustrial.

El ambiente urbano de la revolución industrial pudo tener, sin duda, matices de intenso marginalismo social y de factores contaminantes. Sin embargo, la propia distribución espacial de la población, y la precariedad de los medios de comunicación hicieron que ese fenómeno de transformación se

cumpliera en un medio geográfico restringido y con protagonistas directos que representaban una porción mínima de la población mundial.

UN MUNDO URBANIZADO.

El contraste con el escenario de finales del siglo XX es abismal. La urbanización se ha convertido en el signo dominante de la época y aunque las cifras estadísticas nos muestran franjas de población todavía dispersas en grandes áreas rurales, la revolución en los medios de comunicación, —que día a día nos asombra con expresiones que creímos solo posibles en el mundo fantástico de la ciencia ficción—, ha conectado la totalidad de la población humana con el universo urbano.

Es evidente que el simple registro estadístico de flujos migratorios no es suficiente para darnos la medida exacta de la evolución urbana. El hecho de que alguna parte de la población permanezca todavía por fuera, —en alguna proporción a enormes distancias de las áreas urbanizadas—, no significa que el comportamiento urbano no haya penetrado hasta los últimos recodos del ámbito rural.

Fácil es entender, entonces, que el ambiente urbano está cargado de complejidad tanto en sus componentes físicos como en la interacción de gestos infinitos que genera la conducta de sus pobladores. Pero al mismo tiempo quienes habitan a "distancia" la ciudad, cautivos casi sin pausa de la imagen y del sonido que llega desde el mundo urbanizado, —generan incontables reacciones en la dirección de lo que seguirá siendo objetivo deseable en sus aspiraciones vitales.

CRECIMIENTO ECONOMICO Y URBANIZACION.

Con muy pocas excepciones el Tercer Mundo se mueve en el oleaje creciente de elementos que tienden a congestionar y enturbiar el ambiente urbano, dentro de un proceso de crecimiento económico y de desarrollo social que está muy lejos de guardar las mismas proporciones armónicas, —si cabe de alguna manera la expresión—, que distinguieron la formación de las grandes ciudades de las naciones más avanzadas, frente a las cifras indicativas de su riqueza acumulada. Hay aquí, sin duda, una diferenciación que no por evidente deja de ignorarse para incurrir en lamentables desenfoques de la propia realidad histórica.

La tendencia aparentemente irrefrenable hacia flujos migratorios concentrados en las grandes áreas metropolitanas, constituye uno de los más claros elementos que enrarecen el ambiente urbano y lo vuelven de más difícil manejo.

LA CONCENTRACION METROPOLITANA.

A pesar de que, —según las previsiones de Naciones Unidas, atrás citadas—, para el año 2000 los países menos desarrollados llegarán a más de 280 ciudades o áreas metropolitanas con población superior a un millón de habitantes, la concentración de la población urbana en una sola o en dos grandes áreas metropolitanas seguirá siendo al parecer la gran característica de nuestro mundo en desarrollo.

Al comenzar la presente década ese fenómeno se expresaba así en los siguientes países:

Corea del Sur en Seúl, con el 40%.

Egipto en el Cairo y Alejandria, con el 58%.

Libano en Beirut, con el 60%.

Filipinas en Manila, con el 45%.

Tailandia en Bangkok, con el 68%.

Panamá en Ciudad de Panamá, con el 80%.

Jamaica en Kingston, con el 65%.

Bolivia en La Paz, con el 43%.

Uruguay en Montevideo, con el 52%.

Argentina en Buenos Aires, con el 45%.

Chile en Santiago, con el 43%.

Brasil en Río y en Sao Paulo, con el 29.4%.

Perú en Lima, con el 39% (2).

El caso colombiano, con menos del 25% en la ciudad de Bogotá, y con una dispersión geográfica singular, marca una visible excepción y presenta, sin duda, una ventaja comparativa indudable para nuestro país. No obstante sobre nuestro ámbito urbano caben muy similares interrogantes a los que suscita el futuro inmediato de las áreas más pobres de la humanidad y su destino para el preludio del próximo siglo.

UN NUEVO ENFOQUE.

Es claro que una de las grandes decisiones políticas para los líderes del mundo en desarrollo está en el viraje profundo que debe operarse en el manejo urbano. No sólo para corregir los factores explosivos de la actuales concentraciones, sino para crear el marco de un desarrollo regional desconcentrado.

Descongestionar el ambiente urbano parece ser la primera gran prioridad. Tan importante que de ahí podría depender la propia estabilidad institucional y la supervivencia de los valores que dan soporte a la democracia. A contrario sensu, pienso que no es exagerado afirmar que en el desorden urbano puede estarse gestando una crisis de disolución anárquica.

Es obvio que el problema crucial inmediato está en la cobertura de servicios públicos, principalmente de agua potable y de tratamiento de aguas negras y de basuras. Esa fue la gran prioridad señalada en la Conferencia de Vancouver para la década de los 80. Llegar a los niveles deseables en el mínimo tiempo posible debería constituir un afán insustituible en la mente de quienes gobiernen el Tercer Mundo.

(2) DENNIS A. RONDINELLI, "Secondary Cities in Developing Countries-Policies for Diffusing Urbanization", Sage Publications, Beverly Hills/London/New York, 1983.

TENDER UN PUENTE ENTRE LAS DOS CIUDADES.

Sin embargo, cualesquiera que sean las urgencias de nuestras ciudades, el marco indispensable para recomponer su ambiente está en una visión también renovada de la política urbana.

En primer lugar debe tenderse un puente entre la ciudad formal y la ciudad informal, antes de que el conflicto entre las dos termine haciendo crisis violenta.

Bien sabemos, por ejemplo, que el fenómeno del comercio informal ha rebasado en todo el mundo los esquemas de un tratamiento inmediatista y necesariamente represivo. Por otra parte, los investigadores sociales empiezan a mostrar consenso en que, —frente al vacío de voluntad política, o simplemente frente a la ineptitud institucional y a la esterilidad burocrática—, el sector informal se ha convertido en una de las más importantes fuentes de empleo en las ciudades del Tercer Mundo (3). Lo cual quiere decir, ni más ni menos, que allí ha llegado a crearse un colchón de amortiguamiento que, en más de una ocasión, ha evitado un desmoronamiento político. Más aún: recientes estudios del Banco Mundial revelan que en el sector informal urbano del Tercer Mundo se encuentran áreas que superan ampliamente el promedio de productividad registrado a nivel de las entidades del sector público y aún de las grandes empresas privadas (4). No obstante todo lo anterior, hay signos evidentes que ese papel neutralizador puede convertirse, y empieza ya a convertirse, en mecanismo de filtración para las causas del anarquismo social.

Bien vale la pena expresar, a manera de ejemplo, que las acciones desplegadas en Colombia por FES y por la Fundación Carvajal en el campo de microempresas y en el plano específico de "tenderos" constituyen un modelo singular para la idea central que aquí pretendo esbozar. En el mismo sentido, el Banco Central Hipotecario, la Fundación para la Educación Superior (FES), la Federación Nacional de Comerciantes (FENALCO), pretenden orientar un esfuerzo conjunto para diseñar mecanismos de transición que faciliten al comercio informal de las ciudades incorporarse a la corriente de la economía formal, en beneficio fundamentalmente del ambiente urbano, y por ende, como una manera de impulsar los niveles de productividad social.

DESARROLLO REGIONAL vs. CONCENTRACION.

Es evidente que nuestros países deberán llegar a definir una nueva política de desarrollo regional que rectifique las tendencias de concentración. Una estrategia para reforzar un sistema de ciudades intermedias puede significar el mejor medio para enfrentar con realismo un desarrollo rural integrado que se apoye en la proximidad de polos urbanos con escala suficiente para alimentar los servicios esenciales que demanda una agricultura de alta productividad, alimentada por empresarios grandes y pequeños que no se sientan abrumados por la lejanía de la ciudad.

(3) DENNIS A. RONDINELLI, *Op. Cit.*

(4) FRIEDRICH KAHNERT "Improving Urban Employment and Labor Productivity" - World Bank 1985.

REVIVIR EL MUNICIPIO.

Es incuestionable que cualquier aproximación racional al problema urbano de este final de centuria llegará inexorablemente a las raíces necesarias de una profunda reestructuración del marco orgánico y político para los entes territoriales. El reordenamiento urbano, sólo será factible en la medida en que los gobiernos locales sean liberados de la interdicción a que los ha sometido un régimen político cerradamente centralista, que es común denominador de los países en desarrollo.

No cabe duda de que Colombia ha empezado a dar pasos realmente revolucionarios en esa dirección deseable, que tuvo su gran punto de arranque en la figura del Situado Fiscal, creado por el acto legislativo No. 1 de 1968, bajo la inspiración del señor Presidente Carlos Lleras Restrepo. La ley 14 de 1983, sobre régimen fiscal municipal, intendencial y municipal, la ley 42 de 1985, sobre transferencia creciente del Impuesto al Valor Agregado, en favor de los municipios, la ley 11/85 sobre Estatuto Básico de la Administración Municipal y su desarrollo en un marco de participación comunitaria integral, representan posiblemente el paso más audaz de descentralización dentro de los últimos ochenta años.

¿DESAFIO O AMENAZA?

Hace muy pocos días Inglaterra se estremeció con la publicación del Informe del Arzobispo de Caterbury con revelaciones de tremendo impacto sobre aspectos tenebrosos del ambiente urbano británico (5). No ha sido mera casualidad el estallido coincidente de violencia en los suburbios ingleses. Para el gran personaje, la ciudad vuelve a ser simultáneamente desafío y amenazas, y posiblemente más lo segundo que lo primero. Pienso que estas premoniciones de tan alto origen y con sorprendente vigencia a estas alturas de nuestra época, pueden darnos luces sobre las reales dimensiones del reto de vida o muerte que empezamos a enfrentar en los países del Tercer Mundo.

(5) THE REPORT OF THE ARCHBISHOP OF CANTERBURY'S COMMISSION ON URBAN PRIORITY AREAS. "Faith in the City - a call for Action by Church and Nation" - Church House Publishing - London 1985.